

# LA REVELACIÓN Y LA IGLESIA

LUKASZ KAMYKOWSKI  
ADAM KUBIS

*Premisa: Dijo Dios y así fue.*

«La revelación y la Iglesia». Bien conocida resulta la relación entre ambos términos<sup>1</sup>, como uno de los temas principales de la Sagrada Escritura. Las raíces de la citada relación entre la palabra de Dios y su pueblo se encuentran, según la Biblia, en el origen mismo del universo humano y del drama de su historia.

«En el principio la Palabra existía (...). Todo se hizo por ella» (Jn 1: 1. 3)<sup>2</sup>.

«Dijo Dios: 'Hagamos el hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza' (...). Y creó Dios el hombre a imagen suya (...). Dijo Dios: 'Mirad que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la haz de toda la tierra y todo árbol que lleva fruto de semilla: eso os servirá de alimento' (...). Y así fue» (Gn 1: 26. 27. 29. 30). «... el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahvéh Dios por entre los árboles del jardín. Yahvéh Dios llamó al hombre y le dijo: '¿Dónde estás?'» (Gn 3: 8-9).

Dios que crea el universo con su Palabra, crea el hombre como cumbre de sus obras y dialoga con él. Sin desanimarse por el «no» dado por el hombre al inicio de la historia, con su misma Palabra crea un Pueblo para que santifique Su nombre escuchando Su Palabra, que en la plenitud de los tiempos se hará carne. La Iglesia —asamblea de quienes han creído en el hombre del Hijo— acoge la Revelación plena: el Verbo encarnado. Dios habla a su pueblo y éste recibe su palabra

---

1. Una monografía ya clásica sobre el tema de la Revelación: R. LATOURELLE, *Teología de la revelación: c. 22 Iglesia y revelación*, Sígueme, Salamanca, pp. 505-524.

2. N. T.: Los textos de la Sagrada Escritura se citan según la edición *Biblia de Jerusalén*, Bilbao 1967.

con fe. Asumido el don de la verdad, se convierte en testigo de la misma en medio del mundo; puerta, como buena nueva de salvación, para todos.

Hoy parece necesario recordar las líneas de fuerza de este proyecto de Amor. No será inútil subrayar las condiciones que Dios ha previsto para que la transmisión de su revelación pueda suscitar, de generación en generación y sin obstáculos, los frutos dispuestos. Sin olvidar la gran responsabilidad de quienes han sido llamados a ser testigos de su Palabra.

En el contexto de un simposio acerca de «Dios en la Palabra y en la Historia», querríamos también considerar aquellas «líneas torcidas» que la inestabilidad de la libertad humana ha trazado en la historia para que el proyecto divino —según un conocido proverbio polaco— las deba «escribir derecho». Aquel en quien radican todas las promesas de Dios siembra su palabra de esperanza a lo largo y ancho de la historia, sin retirarla jamás y sabiendo esperar los frutos con paciencia.

A la hora de estudiar este designio de Amor en sus etapas decisivas, hemos pensado dividir la conferencia en tres apartados, referentes, respectivamente, al periodo de la Antigua Alianza, a la época de la presencia física de Cristo en la tierra, y al momento de la Iglesia Apostólica.

En vista de la amplitud del tema, nos limitaremos al análisis de los datos bíblicos, fundamento para un estudio posterior de Teología sistemática, aunque en las conclusiones mostraremos también, brevemente, la actualidad del problema en la teología hodierna.

Para cada periodo, estableceremos:

1º A quien se dirige la revelación de Dios y que respuesta exige del hombre.

2º Como la libre respuesta del pueblo de Dios acoge la revelación.

3º En qué consiste la fidelidad de Dios —mayor que la de los hombres—, a su Palabra y a su pueblo.

Y por último:

4º Cómo la magnanimidad divina supera, en cada época, toda expectativa cuando «Dios se revela a su Iglesia».

## 1. Antigua Alianza

Después de aludir a las raíces del diálogo de Dios con la humanidad, que la misma revelación sitúa en el comienzo de la misma historia, afrontaremos aquellos momentos históricos esenciales que han quedado especialmente marcados en la memoria del pueblo de Dios como fundamento de la revelación.

### *Dios habla a su pueblo*

La memoria de Israel, de aquel primer —y, durante tantos siglos, único— pueblo que, entre las naciones de la tierra, ha vivido convencido de que Dios ha hablado al hombre para establecer una alianza de salvación, al conservar las primicias de dicho diálogo, lo recuerda orientado hacia un pueblo nacido de la nada en virtud de las promesas divinas. Aunque si bien dirige su palabra al hombre individual, al hombre elegido para cumplir sus designios, Dios piensa desde el inicio en un «gran pueblo»:

«Yahvéh dijo a Abraham: 'Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti *haré una nación grande...*'» (Gn 12: 1-2).

Y, más tarde, en otro momento decisivo:

«... Yahvéh (...) le llamó de en medio de la zarza, diciendo: 'Moisés, Moisés' (...) Y añadió: 'Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob (...). Bien vista tengo la aflicción de *mi pueblo* en Egipto, y he escuchado el clamor (...). He bajado para librarle'» (Ex 3: 4. 6. 7. 8).

Una vez creado su pueblo, Dios no lo abandona nunca, y no deja de recordarle que es el fundamento de su ser. Sus nuevas irrupciones en la historia corroboran en su pueblo la certeza que El es en verdad JHVH: «aquel que es»; es decir, aquel que siempre está a su lado para salvarlo, y para darle un rostro, una semejanza a su Dios que le capacitará para testimoniar su amor.

«Yo, JHVH (Yahvéh), soy tu Dios, que te ha sacado del país de Egipto, de la casa de la servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mi» (Ex 20: 2-3).

«Porque tu eres un pueblo consagrado a Yahvéh tu Dios; él te ha elegido a ti para que seas el pueblo de su propiedad personal entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra» (Dt 7: 6).

«Entonces pasé yo junto a ti y te vi. Era tu tiempo, el tiempo de los amores. Extendí sobre ti el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con juramento, hice alianza contigo —oráculo del Señor Yahvéh— y tu fuiste mía. Te bañé en el agua, lavé la sangre que te cubría, te ungué con óleo (...) Brillabas a sí de oro y plata (...). Te hiciste cada día más hermosa, y llegaste al esplendor de una reina» (Ez 16: 8-9. 13).

Aquello que adorna a la reina, que la embellece, aquello que testimonia el amor del Rey, no es sino la palabra dirigida por el Señor; la ley que lleva a los hombres la misma Sabiduría de Dios.

«La sabiduría hace su propio elogio, en medio de su pueblo se gloria (...). ‘Yo salí de la boca del Altísimo y cubrí como niebla la tierra (...) Entonces me dio orden el creador del universo, el que me creó dio reposo a mi tienda, y me dijo: ‘Pon tu tienda en Jacob, entra en la heredad de Israel (...). He arraigado en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad’» (Sir 24: 1. 3. 8. 12).

Por medio de la ley, la Sabiduría se convierte en sabiduría del pueblo amado; si es acogida y encarnada, simboliza la presencia divina, también para los demás pueblos.

«Mirad, como Yahvéh mi Dios me ha ordenado, yo os enseño preceptos y normas para que los pongáis en práctica en la tierra en que vais a entrar para tomar posesión de ella. Guardadlos y practicadlos, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos que, cuando tengan noticia de todos estos preceptos, dirán: ‘Cierto que esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente’» (Dt 4: 5-6).

Una vez recibida de parte del Señor, la ley se transmite de generación en generación, junto a la historia de la fidelidad del Dios de la alianza, para constituir la identidad fundamental de Israel. Israel posee la vocación de actualizar la palabra revelada por Dios. Esta es su respuesta, su modo de acoger y disfrutar las maravillas que Dios ha obrado en su favor; su contribución, en definitiva, a la trasmisión de la revelación entre las naciones.

La tradición que Israel lleva consigo desde los comienzos consta de la memoria de hechos y palabras, de la praxis de la encarnación de la sabiduría recibida y, también, de los ritos que enmarcan la respuesta de fidelidad del pueblo a la Palabra de Dios<sup>3</sup>.

---

3. «Haec revelationis oeconomia fit gestis verbisque intrinsece inter se connexis, ita ut opera, in historia salutis a Deo parata, doctrinam et res verbis significatas manifestent ac corroborent, verba autem opera proclament et mysterium in eis contentum

Cada vez que Israel quiere encontrar de nuevo aquello que es, debe volver su atención a la Palabra de la alianza con Dios. Si Israel quiere encontrar de nuevo su unidad, debe dejarse convocar en asamblea por el Señor, QHL JHVH, convertirse en «ecclesia», iglesia. Todos los momentos clave de la historia de Israel poseen el mismo fundamento. En el punto central de la peregrinación por el desierto, en el ingreso en la tierra prometida, en la renovación del reino, en el regreso de la esclavitud, la asamblea de Israel, convocada por la Palabra de Dios, renueva la alianza, aceptando de nuevo la historia santa de las maravillas que el Señor ha obrado por su pueblo, y la Ley revelada que le propone la respuesta querida por Dios.

«Tomó después (Moisés) el libro de la Alianza y lo leyó ante el pueblo, que respondió: 'Obedeceremos y haremos cuanto ha dicho Yahvéh'» (Ex 24: 7).

«Josué reunió a todas las tribus de Israel en Siquem; llamó a los ancianos de Israel, a sus jefes, jueces y escribas, que se situaron en presencia de Dios. Josué dijo a todo el pueblo: 'Esto dice Yahvéh el Dios de Israel: (...) Yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del Río (...) multipliqué su descendencia y le di por hijo a Isaac (...). Envié después a Moisés y a Aarón y herí a Egipto con los prodigios que obré en medio de él. Luego os saqué de allí (...). Os he dado una tierra que no os ha costado fatiga (...). Ahora, pues, temed a Yahvéh y servidle perfectamente, con fidelidad'» (Js 24: 1-2. 3. 5. 13. 14).

Al escuchar la Palabra, se actualiza la razón de ser de aquel pueblo único. Israel es en tanto en cuanto escucha la palabra de JHVH, de Aquel quien es, y la acepta con fe.

### *La fe y la infidelidad del pueblo*

Esta, que hemos considerado, sería la imagen ideal de la iglesia de JHVH. La fe expresada en la observación de la ley de la alianza debería ser eco de la palabra de Dios y ponerla en relieve. Sin embargo, la memoria de Israel transmite también la conciencia de la infidelidad del pueblo, que, desde el inicio, rompe la alianza.

«Entonces habló Yahvéh a Moisés, y dijo: '¡Anda, baja! Porque tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto, ha pecado. Bien pronto se han apartado del camino que Yo les había prescrito'» (Ex 32: 7-8).

---

elucidant»: CONCILIUM VATICANUM II, *Constitutio dogmatica de divina revelatione «Dei Verbum» (DV) 2.*

La historia del camino en el desierto contiene numerosos episodios en los que el pueblo se rebela, incrédulo ante las promesas del Dios. Así mismo, también la historia del ingreso en la tierra prometida aparece llena de desobedencias. E, incluso, si la institución del reino sucede en contra de la voluntad de Dios, la historia posterior de los dos reinos divididos abunda en acciones de prevaricación y apostasía del pueblo.

En cada época, en cada prueba histórica, sólo una parte del pueblo, un «resto», como dirán los profetas, permanece fiel y cree en la palabra inefable de Yahvéh; los demás, casi siempre más numerosos, siguen otras voces: la llamada del miedo, de la soberbia, de la avaricia; y se dispersan en las tinieblas de una historia carente de la luz de Dios.

Quizás el momento más trágico sea la narración, en el libro de Jeremías, del anti-éxodo de los supervivientes de Judea en Egipto:

«Ha dicho Yahvéh respecto a vosotros, resto de Judá: 'No entréis en Egipto'. Podéis estar seguros de que os lo he avisado hoy, de que os estáis engañando a vosotros mismos, pues que vosotros me habéis enviado a vuestro dios Yahvéh diciendo: 'Ruega por nosotros a nuestro Dios Yahvéh, y cuanto diga nuestro Dios Yahvéh nos lo declaras, que lo haremos'. Yo os lo he declarado hoy, pero no hacéis caso de vuestro Dios Yahvéh en nada de cuanto me ha enviado a decirlos» (Jer 42: 19-21).

Sí, aquellos que Dios eligió como oyentes y testigos de su poderosa palabra, en su rebelión, acarrearán con una grave responsabilidad: la misma palabra testimoniará en su contra y, al final, se manifestará su verdad.

Sin embargo, no podemos olvidar que las tristes historias de las desobediencias al Señor, como Jeremías arrastrado a Egipto en contra de su voluntad, en contra de la Palabra de Dios, también forman parte de la revelación; parte de la cual no se puede prescindir si se quiere entender a fondo la relación entre Palabra e Iglesia. En cierto modo, incluso las desobediencias son necesarias para revelar en toda su grandeza el Amor de Dios.

«Hijo de hombre, yo te envío a los israelitas, a un pueblo de rebeldes, que se han rebelado contra mí. Ellos y sus padres me han traicionado hasta este mismo día. Los hijos tienen la cabeza dura y el corazón empedernido; hacia ellos te envío para decirles: Así dice el Señor Yahvéh. Y ellos, escuchen o no escuchen, ya que son una casa de rebeldía, sabrán que hay un profeta en medio de ellos» (Ez 2: 3-5).

*A pesar de la infidelidad del pueblo, Dios es siempre fiel a su Palabra*

Recordemos, llegados a este punto, otro episodio-tipo de la ambigüedad y falta de correspondencia del pueblo respecto al designio divino:

«Disgustó a Samuel que dijeran: 'Danos un rey para que nos juzgue' e invocó a Yahvéh. Pero Yahvéh dijo a Samuel: 'Haz caso a todo lo que el pueblo te dice. Porque no te han rechazado a tí, me han rechazado a mí, para que no reine sobre ellos'» (1 Sm 8: 6-7).

Este texto clásico del primer libro de Samuel manifiesta, quizás de un modo insuperable, como Dios se sirve también de las rebeliones del pueblo para desarrollar su designio salvífico. El pueblo quiere ejercer su voluntad eligiendo un rey humano; Dios aprovechará para escoger la estirpe de David y estrechar una alianza, con la promesa de un descendiente del cual Dios mismo será el padre y que será Hijo suyo. Y no olvidemos que la promesa se realizará cuando David quiera levantar un templo dedicado al Dios de Israel (cfr. 2 Sm 7: 1-16). De este modo, buena o mala, cumplida o inacabada, la voluntad del pueblo de Dios y de sus representantes se convierte en ocasión constante para el progreso de la revelación del amor de Dios. El pueblo de Israel es, así, instrumento privilegiado en las manos de JHVH para mostrar su comportamiento hacia el hombre.

La fidelidad de Dios a su palabra no depende de la fe de su pueblo: la desobediencia del pueblo no puede anular la promesa de Dios, efectuada bajo juramento.

«Por mi vida, oráculo del Señor Yahvéh, lo juro: yo reinaré sobre vosotros, con mano fuerte (...). Que vaya cada uno a servir<sup>4</sup> a sus ídolos; después, yo juro que me escucharéis. No profanaréis más mi santo nombre con vuestras ofrendas y vuestros ídolos. Porque será en mi santo monte, en el excelso monte de Israel —oráculo del Señor Yahvéh— donde me servirá toda la casa de Israel, establecida entera en esta tierra (...). Sabréis que yo soy Yahvéh, cuando yo actúe con vosotros por consideración a mi nombre, y no con arreglo a vuestra mala conducta y a vuestras corrompidas acciones, casa de Israel, oráculo del Señor Yahvéh» (Ez 20: 33. 39-40. 44).

---

4. N. T.: La versión griega, recogida en la *Biblia de Jerusalén*, escribe «destruir». Hemos escogido la versión hebraica «servir» para permanecer fieles al texto original de la ponencia.

En el oráculo profético, frente a todas las prevaricaciones de Israel se alza el monte santo: el lugar de reunión de toda la casa de Israel, entonces diezmada y dispersa entre los gentiles, incrédula y corrompida. La fidelidad de Dios a su palabra triunfará sobre la maldad del hombre, como don puramente gratuito del Señor, manifestación definitiva de su ser JHVH: aquel que es. Después de los numerosos castigos y tribulaciones, después de los arrepentimientos parciales y contaminados por la mezquindad del pueblo (cfr. Ag 1-3; Ml 1: 6-10), Israel será aquello que Dios ha pensado: la ciudad reunida sobre el monte para escuchar la voz de Dios.

*Amós enviado a Betel; Jonás enviado a Nínive*

Al designio divino corresponde un amor particular que se manifiesta en el envío de sus profetas también a la parte del pueblo que, después de la división del reino de Salomón, violó la alianza por medio de los santuarios «heréticos» de Betel y Dan (cfr. 1 Re 12: 25-33). A pesar del juicio negativo acerca del culto de los reyes de Samaria, Dios manda a Amós, nativo de Judá, «a su pueblo Israel», y precisamente a Betel (cfr. Am 7: 10-15). Allí, en el reino cismático del norte, Elías desarrollará su misión; y allí Dios conservará los siete mil fieles que no se postraron ante las divinidades paganas (cfr. 1 Re 19: 18). Dios quiere confortar con su palabra a quienes serán dispersados. Pero la palabra de Dios, si bien dirigida primordialmente al pueblo que ella misma ha forjado, se difunde también fuera de Israel.

Según el testimonio del Antiguo Testamento, la revelación divina, la alianza de Dios con el hombre, se extiende también más allá de los límites del pueblo, fiel o infiel, de Israel. En nuestro resumen de la historia del diálogo de Dios con su pueblo, habíamos dejado de lado una importante alianza recogida en el libro del Génesis:

«Dios dijo a Noé y a sus hijos con él: 'He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros, y con vuestra futura descendencia, y con toda alma viviente que os acompaña; las aves, los ganados y todas las alimañas que hay con vosotros, con todo lo que ha salido del arca, todos los animales de la tierra. Establezco mi alianza con vosotros...» (Gn 9: 8-11).

Concluido en épocas prehistóricas, cuando después del castigo de los pecados la humanidad junto a toda la naturaleza se regenera, el modelo de alianza entre Dios y su pueblo expresa la convicción de



que la voluntad salvífica de Dios, autor y guardián de la vida, ha sido revelada a toda la humanidad. Una alianza que manifiesta a un Dios misericordioso ante la debilidad humana, a un Dios amante de la vida; pero también a un Dios que obliga a todo hombre a apreciar y proteger el don fundamental recibido. Así, en el transfondo del diálogo que Dios inició con Abraham y su descendencia, se encuentra una parte confiada a todos los hombres, ni olvidados ni dejados fuera de los planes de Dios, aunque todavía no hayan aparecido en el escenario de la historia de la salvación. Dios, como recuerda San Pablo e ilustra en un discurso que muestra la convicción de la fe de Israel de su tiempo,

«... en las generaciones pasadas permitió que todas las naciones siguieran sus propios caminos; si bien no dejó de dar testimonio de sí mismo, derramando bienes, enviando desde el cielo lluvias y estaciones fructíferas, llenando vuestros corazones de sustento y alegría» (Act 14: 16-17).

De este modo, el testimonio abierto y evidente del «libro de la naturaleza» y la consecución de las estaciones, que permiten experimentar la providencia del Cielo en beneficio de todos los hombres, se añaden al ofrecimiento de la alianza<sup>5</sup>.

Los gentiles, a partir de este contacto con una revelación fundamental de Dios y de su voluntad, no quedan excluidos del diálogo de Dios con el hombre. Los profetas de Israel así lo testimonian frecuentemente, cuando, en nombre de Dios, pronuncian un juicio sobre la malvada conducta de dichos pueblos. Dios los castiga porque les considera responsables y conscientes de las transgresión de su voluntad. Pero, como advierte Isaías, también Dios puede convertirles y moverles a honrar su nombre:

«Será conocido Yahvéh de Egipto, y conocerá Egipto a Yahvéh aquel día, le servirán con sacrificio y ofrenda, harán votos a Yahvéh y los cumplirán» (Is 19: 21).

Podemos recordar un caso único en la tradición bíblica: Dios envía un profeta a una nación enemiga de Israel, ordena a Jonás que, precisamente, se dirija a Nínive, capital del reino de Asiria. El «cli-

---

5. «Deus per verbum omnia creans (cfr. Io 1: 3) et conservans, in rebus creatis perenne sui testimonium hominibus praebet (cfr. Rom 1: 19-20) et, viam salutis supernae aperire intendens, insuper protoparentibus inde ab initio Semetipsum manifestavit»: DV 3.

max» de la narración llega a su punto álgido cuando Dios responde al profeta escandalizado por la misericordia divina ante los ninivitas: tras agostar la planta bajo cuya sombra descansaba Jonás, Dios afirma:

«Tú tienes lástima de un ricino por el que nada te fatigaste, que no hiciste tú crecer (...). ¿Y no voy a tener lástima yo de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas?» (Jó 4: 10-11).

Dios mira a las naciones gentiles con amor y piedad. Busca quien pueda anunciarles la conversión y espera frutos de arrepentimiento.

## 2. *Plenitud de los tiempos*

«Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley...» (Gal 4: 4).

«Vino a su casa y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (Jn 1: 11-12).

El drama de la palabra de Dios dirigida a su pueblo llega al culmen con la venida de Jesús. Dios, fiel a su palabra, envía a su pueblo la Revelación por excelencia: el Verbo que es Dios. Hace nacer «de mujer» a su Hijo unigénito, como parte del género humano, y «sometido a la Ley», dentro del pueblo de Israel. De este modo «los suyos» son los hombres, en general, y los israelitas, en particular. Pero ni unos ni otros los acogen: el Verbo es rechazado por quienes deberían recibirle.

«... ‘Porque verdaderamente en esta ciudad se han aliado Herodes y Poncio Pilato con las naciones y los pueblos de Israel contra tu santo siervo Jesús, a quien has ungido —así la comunidad de la Iglesia primitiva contempla a la luz de la escritura los acontecimientos pascales—, para realizar lo que en tu poder y en tu sabiduría habías predeterminado’» (Act 4. 27-28).

Este máximo rechazo de la revelación sirve para que Dios promueva una mayor difusión de la luz de su palabra. Quien recibe al Verbo en su condición humana alcanza, a su vez, el poder de convertirse en hijo de Dios: esto no significa sino una revelación del Padre en medio del mundo o, también, ya que toda la luz de esta «pequeña revelación» procede de la luz del Verbo, una transmisión, una tradición viva de de la Revelación. Verdad extensible a quien recibe a Jesús como Cristo, ya sea «nacido bajo la ley» o, simplemente, «nacido de mujer».

Veamos con más precisión cómo el Evangelio nos presenta la «crisis» salvífica de la revelación y de la Iglesia de Dios.

*«les anunciaba la palabra»; «explicaba todo a sus discípulos»*

«Cuando oyó que Juan había sido apresado, se retiró a Galilea (...) para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: ‘¡Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí, camino del mar, allende el Jordán, Galilea de los gentiles! El pueblo postrado en tinieblas ha visto una intensa luz’» (Mt 4: 12. 14-16).

De este modo explica teológicamente Mateo el dato común a todos los Evangelios: el inicio de la vida pública de Jesús, acaecido precisamente en Galilea: con la venida de Jesús, la luz de la revelación se dirige hacia las naciones gentiles, aunque Dios, fiel a su promesa, hable sobre todo a quienes pertenecen a los doce tribus de Israel (Zabulón y Neftalí). El Hijo del hombre, cuando anuncia la llegada del reino de los cielos, habla a los «hijos del reino» de una región de Tierra Santa en la que el eco de sus obras y de su predicación puede llegar también a las naciones vecinas, al «pueblo que habita en las tinieblas» y que, llegada la hora, «vendrá del oriente y del occidente» para participar en la mesa del reino de los cielos (cfr. Mt 8: 11-12).

Pero, de inmediato, el Evangelio de Mateo narra la vocación de los primeros discípulos, pescadores del lago de Galilea llamados a convertirse en pescadores de hombres (cfr. Mt 4: 19, Mc 1: 17, Lc 5: 10). La imagen de la red conlleva la idea de reunir, de juntar (cfr. Mt 13: 47).

Los Evangelios sinópticos sitúan las constitución del Colegio de los Doce (cfr. Mt 10: 1-4, Mc 3: 3-19, Lc 6: 12-16) en el contexto del progresivo rechazo de Jesús por parte de los fariseos —guías espirituales del pueblo de Israel, en la época— y de la sed de la palabra entre los gentiles (cfr. Mt 9, Mc 2: 1-3. 12, Lc 5: 17-6: 11). Jesús llama a los doce a «estar con El» (cfr. Mc 3: 14) para enviarlos después con su misma misión de predicar la llegada del reino de Dios y de aplastar al malvado (cfr. Mc 3: 14-15. 6: 6-12). Cada vez de un modo más claro, Jesús preanuncia el papel de nuevas cabezas de las Doce Tribus al «pequeño rebaño» a quien se ha concedido ver y escuchar, y, por tanto, entrar en el reino (cfr. Mt 13: 16-17. 19: 28, Lc 10: 23-24. 12: 32. 22: 28-30). Y a este grupo se dedica en modo particular, les forma en la responsabilidad ante la palabra recibida y ante la gente que vendrá, les

enseña a confiar plenamente en El (cfr. Mc 4: 24-25. 6: 30-52) conformándose con su amor, les convierte en partícipes de su suerte hasta dar la vida en rescate por muchos (cfr. Mc 10: 35-45). Por lo tanto, los Doce son destinatarios primordiales de su palabra, de la revelación que es en sí mismo (cfr. Mt 13: 10-15, Mc 4: 11-12, Lc 8: 9-10, Jn 14: 6-11).

La gente no queda excluida de la predicación de Jesús, pero en ella las parábolas no provocan el efecto que Dios podría esperar de su pueblo. Su corazón permanece endurecido, como en los tiempos antiguos, cuando Dios enviaba los profetas a sus padres.

«Y les anunciaba la Palabra con muchas parábolas como estas, según podían entenderle; no les hablaba sin parábolas; pero a sus propios discípulos se lo explicaba todo en privado» (Mc 4: 33-34).

Ahora, ellos —los Doce, junto con un grupo más amplio de discípulos— constituirán el «resto» de Israel que deberá llevar adelante la tradición del significado de Jesús en la historia del diálogo de Dios con su pueblo.

«'Es que a vosotros se os dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos —les explica Jesús—, pero a ellos no. Porque a quien tenga se le dará y le sobrá; pero al que no tenga, aún lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. En ellos se cumple la profecía de Isaías... '» (Mt 13: 11-14).

Nos encontramos de nuevo ante la misteriosa «siembra» de Dios, que arroja su palabra a lo largo y ancho, con la conciencia de que gran parte de la semilla caerá en una tierra no preparada, o entre espinas y cizaña (cfr. Mt 13: 1-8. 24-30, Mc 4: 1-9, Lc 8: 4-8). Pero, también de nuevo, se da la atención particular hacia la «levadura» con la que Dios consigue asegurar la permanencia de su testimonio fiel, de ahora en adelante llevado por un esbozo, pequeño si bien verdadero, del reino de Dios en la tierra:

«Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi parte, dispongo [*diatithemai*] un Reino para vosotros, como mi padre lo dispuso [*diatheto*] para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Lc 22: 28-30).

En el texto griego, el tema de la alianza (*diatheke*) parece claramente introducido por el «preparar» o, mejor, «predisponer» (*diatithemai*) del reino que Jesús hace participar a sus Doce. Desde siempre, el

Padre pensó en Jesús como cumplimiento de su alianza, y Jesús declara en ese momento que introduce en el cumplimiento de la alianza a aquellos que han perseverado<sup>6</sup> con El en las tribulaciones. El reino del que habla Jesús posee un carácter obviamente escatológico<sup>7</sup>, pero su semilla, si bien más pequeña que otras, está ya presente, y su crecimiento hasta la «mesa del reino» o el «cáliz nuevo», cuando florecida la planta se convierta en la mayor de todas (cfr. Mt 13: 31-32, Mc 4: 30-32, Lc 13: 18-19), está ya asegurado a pesar de la debilidad de quien la lleva consigo.

No es casual que Lucas sitúe esas palabras de Jesús en el contexto de la última pascua de Jesús con los suyos. En esta circunstancia Jesús hace presente su «dar la vida en rescate de muchos» (cfr. Mc 10: 45) bendiciendo el cáliz de su sangre, es decir, de la alianza que es El mismo (cfr. Mc 14: 24)<sup>8</sup>. En esta «nueva alianza en su sangre» (Lc 22: 20; cfr. Jer 31: 31-34) está asegurada la continuidad de las Doce Tribus confiada al pequeño e infinitamente débil rebaño de los Doce. Del mismo modo que la alianza con Dios transformó la multitud de esclavos huidos de Egipto en las filas del pueblo de JHVH, y que la tradición viva de las palabras y obras del Señor han sido su columna vertebral, ahora el «pequeño rebaño» se consolida por esta nueva pascua, también confiada a la tradición que incluye sus palabras y obras, su comportamiento («os he dado el ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho»: Jn 13: 15; cfr. Mt 20: 26-28, Mc 10: 43-45, Lc 22: 26-27), y también custodiados por un rito sagrado («haced esto como memorial mío»: cfr. Lc 22: 19, 1 Cor 11: 24-25). La Palabra de Dios, de este modo, vence todo.

6. O también, perseverasen, según el participio de pasado próximo del original griego. Cfr. Caroll STUHLMÜLLER, *Il Vangelo secondo Luca*: en *Grande commentario biblico* (R. E. BROWN, J. A. FITZMYER, R. E. MURPHY), Brescia (Queriniana) 1973, 1028.

7. «Gesù afferma implicitamente: Siamo stati predisposti tutti assieme in un regno di virtù din un patto - quello stesso regno che mi è stato dal Padre preparato in virtù dell'alleanza»: Caroll STUHLMÜLLER, *Il Vangelo secondo Luca*: en *Grande commentario biblico* (R. E. BROWN, J. A. FITZMYER, R. E. MURPHY), Brescia (Queriniana) 1973, 1028.

8. Galot comenta así el griego «to haima mou tes diathekes»: «la fórmula indica la alianza como fin último de la efusión de su sangre. Recuerda la fórmula empleada por Moisés en la aspersion al pueblo con la sangre de los toros en la conclusión de la alianza (...) (Es 24: 8). Inspirándose en la figura del 'siervo' (Is 42: 6, 49: 8), Jesús se identifica personalmente con la alianza: 'mi sangre de la alianza': Jean GALOT, *Gesù Liberatore*, Firenze (LEF) 1978, 154-155 (traducción del editor).

*Cuando Judas salió, Jesús dijo: «ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado»*

«Mirad que llega la hora (y ha llegado ya) en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis sólo. Pero no estoy sólo, porque el Padre está conmigo. Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo». Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: «Padre, ha llegado la hora (...). Ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba yo con ellos, cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdicción para que se cumpliera la Escritura» (Jn 16: 32-17: 1. 11-12).

Esta última cita, ciertamente un poco larga, nos lleva al núcleo mismo del misterio de comunión entre el Verbo y la Iglesia, contemplado en el Evangelio de Juan en los discursos de la Última Cena, especialmente en la última oración de Jesús. Gracias a su íntima unión con el Padre, Jesús, camino de glorificar su nombre con la elevación en la Cruz, obtiene la gloria del Padre para sus discípulos: en su perseverancia unidos en la Verdad, como testimonio para todo el mundo, que así podrá creer al amor del Padre. Consagrados en la verdad por la inmolación de Jesús (cfr. Jn 17: 19), consumados en la unidad, harán conocer al mundo la verdad de la revelación del Amor en Cristo (cfr. Jn 17: 23).

De todos modos, hemos interrumpido conscientemente la cita precisamente en las palabras que afectan al «hijo de la perdicción». Queremos, por tanto, hablar de la parte que Judas, el traidor, juega en el drama de la revelación.

El hecho de la traición por parte de uno de los Doce, que en la tradición sinóptica se comenta generalmente en el sentido de no disturbar el proyecto divino, llama la atención de Juan. El Evangelista no explicita sólo la constatación de los sinópticos de que «el Hijo del hombre se va, como está escrito de él» citando el Salmo: «aquel que come el pan conmigo, ha levantado contra mí su calcañar» (Jn 13: 18; cfr. Ps 41: 10), sino que subraya la ocasión que la traición otorga para la manifestación de Aquel que es. Y no se trata tan sólo del hecho de que Jesús es plenamente consciente de aquello que debía suceder (cfr. Jn 6: 70) y que su profecía acerca de la traición ayudaría a la fe de los discípulos en su misterio más profundo:

«'Os lo digo desde ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis que Yo Soy'» (Jn 13: 19).

Juan relaciona la salida de Judas del cenáculo con el inicio de la glorificación del Hijo:

«Cuando salió, dice Jesús: 'Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, también Dios le glorificará en sí mismo y le glorificará pronto'» (Jn 13: 31-32).

Como los sinópticos (cfr. Mt 26: 50, Lc 22: 48), también Juan subraya el amor fiel hasta el fin de Jesús hacia su traidor. En este momento, el bocado que Jesús da a Judas representa la última señal del amor rechazado<sup>9</sup>. En vez de responder con amor, en aquel momento, Judas se entrega al diablo (cfr. Jn 13: 27). Pero así Jesús entra en «su hora» (cfr. Jn 13: 1), en su pasión. La sombra del amor rechazado pone de relieve —y, por tanto, en un cierto modo, revela— la grandeza de aquel amor. Mientras Judas sucumbe en las tinieblas (cfr. Jn 13: 30), Jesús traicionado comienza a hacer resplandecer la luz del amor más grande, aquel de quien da la vida por sus amigos (cfr. Jn 15: 13).

También Mateo, a su modo, hace comprender que Judas, en su traición, continúa siendo testigo de Jesús (cfr. Mt 27: 3-4). En los Hechos de los Apóstoles, el vacío dejado por Judas en el cuerpo de la Iglesia naciente provocará precisamente el primer hecho eclesial<sup>10</sup>.

Todo aquello que hemos podido contemplar en la larga historia de Israel, podemos verlo ahora en la etapa decisiva de la suma revelación, unida a la refundación del pueblo que la acoge y trasmite: el designio divino abarca también el vacío creado por la resistencia humana a la palabra de Dios. Mal comprendido por las muchedumbres, rechazado por las autoridades religiosas del pueblo de Dios, el Verbo se dedica a un «resto» al que informa con la verdad de su amor. Esto se puede manifestar en sus últimas consecuencias desde el momento en el que el resto más fiel encuentra una resistencia insuperable.

9. «Offrire a qualcuno un boccone di cibo è tuttora in oriente una cortesia d'obbligo da parte del padrone di casa (...) Giovanni ravvisò indubbiamente»: Bruce VAWTER, *Il vangelo secondo Giovanni*: en *Gran commentario biblico*, 1418.

10. Trataremos de este tema en la tercera parte del estudio.

*«Ni la carne ni la sangre te lo han revelado, sino mi Padre»*

El cuadro que hemos esbozado en blanco y negro (los Doce-Judas) posee, sin embargo, matices. Mencionaremos algunos personajes del evangelio que completan de un modo más pleno la visión de la relación entre el Verbo y su Iglesia.

José y María: el inicio de la encarnación del Verbo queda asumido en una célula fiel y sana del pueblo del Señor, en el silencio y la obediencia hacia la palabra de Dios que desbarata los pensamientos y proyectos humanos. Los dos introducen el amor de Dios —el Verbo— en el hecho concreto de la historia, con su confiado y total, heroico, «no temas» de la palabra a ellos dirigida:

«No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús' (...). Dijo María: 'He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra'» (Lc 1: 30-31. 38).

«José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu esposa, porque lo concebido en ella viene del Espíritu Santo' (...). Despertó José del sueño, e hizo como el Ángel del Señor le había mandado...» (Mt 1: 20. 24).

El «no temas» ejercitado en el silencio de la vida cotidiana aparece en el Evangelio mucho más verdadero, mucho más fiel, que aquel ruidoso «aunque deba morir contigo, no te negaré» que Pedro y los Doce pronunciaron, rechazando la profecía que, según la palabra de Jesús, ellos ayudarían a cumplir la noche de la Pasión con su falta de fe (cfr. Mt 26: 31-35, Mc 14: 27-31, Lc 22: 33).

Y, sin embargo, Dios, sirviéndose en un punto tan decisivo de la fidelidad de María y José, de su unión en la fe a su palabra, los deja en la sombra, escogiendo como eje de su pueblo a aquellos de quienes Jesús profetiza titubeos e incertidumbres<sup>11</sup> en la hora de la prueba (cfr. Mt 26: 31, Mc 14: 27, Jn 16: 32).

También aquel que ha sido llamado Kefa-Pedro (cfr. Mt 16: 18, Mc 3: 16, Lc 6: 14, Jn 1: 42), significando la roca sobre la cual Jesús quería edificar su Iglesia (cfr. Mt 16: 18), da la seguridad a esta ciudad más fuerte que las puertas de la muerte, no en virtud de aquello que es en sí, pues «ni la carne ni la sangre» le han revelado la verdad de Jesús. Su «infalibilidad» proviene enteramente del Padre, de su revela-

11. Este sería el sentido propio del griego «skandalisthesesthe» empleado en Mc 14: 27.



ción (cfr. Mt 16: 17) y del don de la fe, alcanzado por la oración y la oblación de Jesús por los suyos:

«¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos'» (Lc 22: 31-32).

La obra de consolidación de la fe, que en el Evangelio de Lucas Jesús pide expresamente para Pedro se extiende, en el Evangelio de Juan, a todos los discípulos, que pueden conservar intacta la verdad porque el sacrificio de Cristo es agradable al Padre.

«Padre santo (...No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno (...). Conságralos en la verdad: tu Palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me consagro a mí mismo, para que ellos también sean consagrados en la verdad» (Jn 17: 11. 15. 17-19).

Su «consagración en la verdad» será, pues, fruto de la consagración del Hijo en el sacrificio de sí mismo; pero en este sacrificio, los discípulos le dejarán sólo (cfr. Jn 16: 32).

Parece que, precisamente, allí donde nos encontramos, no —como en la encarnación— ante un momento único de la historia, sino con las bases para una transmisión constante y «normal» de la palabra y de las obras de la Revelación, la elección de los instrumentos no debe coincidir con su transparente fidelidad e inocencia propias. Su debilidad, manifestada a partir de enormes vacilaciones<sup>12</sup>, parece prácticamente necesaria para mostrar que es Dios; y sólo El, el autor del «Amen» que, a través de Cristo, se proclama en la historia humana como resumen de todas sus promesas (cfr. 2 Cor 1: 19-20).

También en el último episodio del evangelio de Juan, preguntado tres veces por el Señor Resucitado si le ama más que los otros, para recibir el encargo de pacer «sus ovejas», Pedro parece enfrentarse a su ser. Su certeza de amor a Jesús queda puesta en duda ante la triple pregunta: en efecto, Pedro es quien, en este mismo evangelio, ha renegado tres veces del Maestro. Y, sin embargo, es El y no aquel otro discípulo «que Jesús amaba» —que en este evangelio representa la figu-

12. Volviendo a la Antigua Alianza, podemos pensar en aquellas palabras: «Esta es la tierra que bajo juramento prometí a Abraham, Isaac y Jacob (...) Te la dejo ver con tus ojos, pero no pasarás a ella» (Dt 34:4); Moisés lo oyó al fin de sus días, a la vista ya de la tierra prometida, precisamente porque en una ocasión había dudado (cf. Nm 20:12).

ra del discípulo fiel hasta la Cruz (cfr. Jn 19: 26)— la persona elegida para, de un modo especial, recibir la divina prerrogativa de apacentar al pueblo de Dios (cfr. Ez 34: 11-16. 23-25, Jn 10: 14-18. 27-29).

*«Vé a los tuyos y anúnciales lo que el Señor te ha hecho»*

Al inicio de esta parte de nuestro estudio, nos hemos referido brevemente al significado que el territorio de Galilea asume en la teología de los evangelios: el anuncio de la palabra se dirige hacia las naciones gentiles.

Y sin embargo las enseñanzas de Jesús afectan de un modo primordial a los hebreos, pero con una preferencia:

«No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 15: 24).

Aunque, por lo general, las personas situadas fuera del grupo de los discípulos no comprenden el mensaje de Jesús, los Evangelios anotan una excepción: «las ovejas perdidas», «las prostitutas y los publicanos» (cfr. Mt 21: 31-32), «los pequeños» —y no los «sabios e inteligentes» (cfr. Mt 11: 25)<sup>13</sup>— escuchan la revelación y entran en el reino de los cielos. Su estado de pecadores sirve para hacer comprender los aspectos esenciales de la revelación de Jesús. La buena nueva de la reconciliación con el Padre es la única esperanza para quien sabe los muchos pecados que le son perdonados (cfr. Lc 7: 36-50); quien, en cambio, crea estar ya justificado, se mostrará indiferente o, incluso, hostil (cfr. Lc 15: 11-32).

También reconocen el valor del Evangelio aquellos pocos paganos que, ocasionalmente, aparecen en contacto con Jesús. Será, sobre todo, Mateo quien en dos ocasiones, recogidas también por otros evangelistas, subraye la fe incondicional en Jesús de personas no pertenecientes al pueblo de Israel, ya sea una cananea (cfr. Mt 15: 21-28; Mc 7: 24-30) o un oficial romano (cfr. Mt 8: 5-13, Lc 7: 1-10). Pero existen también otros dos casos donde los no israelitas asumen un papel prácticamente de apóstoles de su ambiente. Así se manifiesta en Juan, con la mujer samaritana a quien Jesús revela su condición de adúltera y que marcha a su ciudad para exhortar a sus vecinos:

13. También sobre este punto el Evangelio de Juan señala la excepción de la figura de Nicodemo.

«Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?» (Jn 4: 29),

mostrándose más apta que los mismos judíos para creer las obras de Jesús. Y en Marcos, Jesús mismo envía al geraseno que había librado del demonio a anunciarle ante su gente:

«Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti» (Mc 5: 19).

Estos anuncios, provisionales, serán sin duda menos perfectos que el Evangelio de los Doce enviados «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (cfr. Mt 10: 5, Mc 6: 7-13), pero no son contrarios a la voluntad de Jesús. La respuesta de Jesús ante sus discípulos, cuando éstos impedían curar en su nombre a todo aquel que no caminara con ellos, manifiesta su aprecio por la fe en su palabra, aunque fuera poco instruida, y también su aceptación de cualquier testimonio, en el lugar y modo que sea:

«No se lo impedáis, pues no hay nadie que obre un milagro invocando mi nombre y que luego sea capaz de hablar mal de mí. Pues el que no está contra nosotros, está por nosotros. Todo aquel que os dé de beber un vaso de agua por el hecho de que sois de Cristo, yo os aseguro que no perderá su recompensa» (Mc 9: 39-41).

Como ya ha quedado dicho, los casos en los que Jesús entra en contacto con los no hebreos son excepcionales. Pero en todos los Evangelios estos momentos son aprovechados para hablar de una verdad esencial: la misión universal de Jesús. El Evangelio de Juan explica con la parábola del grano de trigo la necesidad de su muerte y glorificación, para que el anhelo de todas las naciones pueda ser plenamente cumplido. El interés de algunos griegos para hablar con Jesús provoca una declaración en este sentido:

«Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él sólo; pero si muere, da mucho fruto (...). Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12: 23-24. 32).

### 3. «Seréis mis testigos»

La revelación alcanza su cumplimiento con la resurrección de Jesús. Dios da a su Hijo el testimonio definitivo, con el cual toda su existencia en la tierra, junto con la muerte en la cruz, adquiere su ver-

dadera dimensión y, con el don del Espíritu Santo, manifiesta todo su carácter revelador y salvífico.

«El es la piedra que vosotros, los constructores, habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular. Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (Act 4: 11-12).

En el próximo apartado se estudiará la relación de la revelación con la Iglesia formada a partir de la misma.

«Cristo ha amado la Iglesia»

El testimonio eclesial más antiguo<sup>14</sup> recoge y transmite una convicción:

«(...) que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez...» (1 Cor 15: 3-6).

La pascua de Cristo, su paso por la muerte hacia una nueva vida, es presentado como algo, ya desde el inicio, dado a la Iglesia, con el don del «hacerse ver» o «ser mostrado» (*ôphthe*)<sup>15</sup> a testigos elegidos entre los «hermanos». El elenco de los mismos es ordenado según un criterio teológico, similar al que conocemos por la tradición sinóptica. Como en la escena de la constitución del primer grupo de discípulos, de la pequeña semilla, de la levadura para la masa del mundo (cfr. Mt 10: 2-4, Mc 3: 16-19, Lc 6: 14-16; cfr., también, Act 1: 13), el primer nombrado es Cefas-Pedro (cfr., también, Lc 24: 34, Jn 20: 3-6), y, después, los Doce y los demás hermanos, algunos dotados con una gracia particular para el bien de todos (cfr. 1 Cor 15: 6-11).

14. «Según parece, la primera epístola a los Corintios fue escrita en el año 54 ó 55 d. C. (...), menos de treinta años después de los acontecimientos enunciados en el capítulo 15. Jesús, probablemente, fue crucificado en el año 30 d. C.; y la conversión de Pablo al cristianismo podría datar del año 33 d. C. Tres años más tarde, es decir, seis años después de los acontecimientos centrales ya referidos, Pablo se dirigió a Jerusalén (Gal 1: 18). Pablo presenta su testimonio de la resurrección con el lenguaje técnico de la primera tradición cristiana ('Yo os he transmitido aquello que he recibido'). La primera parte (vv. 3b-5) se asemeja muchísimo a una formulación pre-paulina»: Gerald COLLINS, *Il Gesù pasquale*, Assisi (Citadella Editrice) 1975, 14-15.

15. Cfr. Gerald COLLINS, *Il Gesù pasquale*, Assisi (Citadella Editrice) 1975, 19-22; Pierre GUILBERT, *Il ressuscita le troisième jour*, Paris (Nouvelle Cité) 1988, 83-84.

El testimonio de la primera carta a los Corintios, al igual que toda la tradición paulina, manifiesta cómo la comunidad que obtiene la revelación de la pascua de Cristo no es una «Gemeinde» informe, sino aquel cuerpo casi orgánico y bien estructurado que, en la misma epístola, Pablo se atreve a denominar como «el Cristo»:

«Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un sólo cuerpo, así también Cristo [ho Christos] (...). Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo [sôma Christou], y sus miembros cada uno por su parte» (1 Cor 12: 12. 27).

El nexo entre la Palabra y el pueblo aquí aparece mucho más estrecho que en la Antigua Alianza. El Verbo forma el cuerpo de los creyentes, de modo que este último se convierte en continuación de su encarnación, y pertenece a la plenitud (plêrôma) de Cristo (cfr. Ef 1: 23, Col 2: 6-15).

Entre los dones del Espíritu que enriquecen el Cuerpo de Cristo para «la utilidad común», la misma carta de San Pablo que recuerda la más antigua tradición de la muerte y resurrección de Cristo nombra algunos carismas que se refieren particularmente a la transmisión de la buena nueva. Algunos reciben, en efecto, «el lenguaje de la sabiduría» o «el lenguaje de la ciencia», o el «don de la profecía» (cfr. 1 Cor 12: 8-10). En las epístolas paulinas posteriores, se expresa también el convencimiento de que algunos de los dones referentes a la edificación del «cuerpo de Cristo» son dados al Apóstol como un ministerio estable que debe ejercerse en vista a una perfecta «unidad de la fe» y a un pleno «conocimiento de Cristo»:

«El mismo dió a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo» (Ef 4: 11-13).

En la tradición paulina, por lo tanto, se contempla la «casa de Dios que es la Iglesia del Dios vivo» como «columna y fundamento de la verdad» (cfr. 1 Tim 3: 15). El mismo San Pablo testimonia que los Doce son «las columnas» de la Iglesia, y la importancia que, al inicio de su apostolado, atribuía a la consulta a «Cefas» (cfr. Gal 1: 18. 2: 9). Cuando, más tarde, Pablo deba instituir aquellos que, en las distintas regiones, servirán a la Iglesia como «presbíteros» u «obispos», indicará

como una cualidad indispensable en los candidatos, la fidelidad a la doctrina segura (cfr. Tit 1: 9). En esta tradición, aparece constante la convicción de que la transmisión fiel de la verdad revelada por Cristo, asegurada por quien ha recibido el ministerio, constituye un fundamento imprescindible para permanecer «en la fe común» que liga entre sí, en el conocimiento de Dios, los miembros de la Iglesia (cfr. Tit 1: 4. 16).

La tradición de la cual los Doce son los primeros portadores y en la cual todos los hermanos poseen un papel que desempeñar según los carismas propios, es también aquella del rito instituido por Jesús «acompañado por la palabra» (Ef 5: 25-26). En el primer anuncio de la revelación salvífica se narra la muerte y resurrección de Jesús, se proclama su significado salvífico y, a quien está preparado para la conversión en la fe de la palabra anunciada, se propone un rito de iniciación que actualiza la obra redentora de Jesús (cfr. Act 2: 1-47). Con este rito, el pueblo de la Nueva Alianza queda purificado, santificado y unido en un solo cuerpo con Cristo, como la esposa al esposo en el acto conyugal<sup>16</sup>:

«Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra...» (Ef 5: 25-26).

La tradición que explica los ritos más esenciales dados a las «Iglesias de Dios en Cristo Jesús» (cfr. 1 Tes 2: 14), los considera como medios para participar en la realidad y en los frutos de la muerte y resurrección de Cristo, y para vivir en la esperanza de su regreso glorioso (cfr. 1 Cor 11: 26-27, Rom 6: 3-11). Pero, además del lavacro inicial, dicha tradición comprende también el rito de la nueva Pascua del Señor (cfr. 1 Cor 11: 23-27), medio para que todos los cristianos se conviertan en uno por la comunión con un sólo cuerpo de Cristo:

«El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un sólo pan y un sólo cuerpo somos...» (1 Cor 10: 16-17).

Este cuerpo está llamado, como tal, a convertirse en la más importante manifestación en medio del mundo de las obras y de las pala-

---

16. La fuerza y el realismo de la fe en esta unión queda subrayada por la advertencia de 1 Cor 6: 15: «¿Había de tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡De ningún modo!»

bras del Verbo encarnado. La tradición completa comprende, por tanto, también —y en un cierto sentido, sobre todo— la vida de la Iglesia. Desde el inicio de la predicación de la resurrección de Cristo, la palabra del Evangelio es asumida junto con la postura de base y el modo de vivir de quien la lleva para transformar después la vida de todos los miembros de la Iglesia en un testimonio, en una palabra encarnada:

«Por vuestra parte, os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, abrazando la Palabra con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones. De esta manera os habéis convertido en modelo para todos los creyentes...» (1 Tes 1: 6-7)

Así también en los Hechos de los Apóstoles, como respuesta del cielo a la oración de los «hermanos»:

«Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos que puedan predicar tu Palabra con toda valentía, extendiendo tu mano para que realicen curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús'» (Act 4: 29-30),

se presenta la vida misma de la Iglesia, correspondiente al designio de Dios sobre ella misma<sup>17</sup>:

«La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común. Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía» (Act 4: 32-33).

La comunión eclesial plena completa la transmisión de la revelación; los creyentes, hechos uno, como el Padre y el Hijo en la «Gloria» que Uno al Otro dan y reciben, ponen la condición para que el mundo pueda conocer y creer a Dios y a Cristo (cfr. Jn 17)<sup>18</sup>.

*«Quien tiene oídos, escuche lo que el espíritu dice a las Iglesias»*

La Iglesia naciente, completando la gran tradición bíblica con la tradición del cumplimiento de la revelación en Jesús, no oculta que,

17. Seguidamente, podrá verse cómo, de hecho, tampoco entonces faltaron las dificultades para adecuarse a este designio (cfr. Act 5: 1-11).

18. «Si la Iglesia no conserva la unidad querida por Dios, nunca será capaz de desarrollar su función esencial en el mundo. La unidad de la Iglesia revela y manifiesta al mundo la unión del Padre y del hijo, que es su modelo y su principio»: Bruce VAW-TER, *Il Vangelo secondo Giovanni*, 1424.

también en aquellas condiciones nuevas y perfectas de la unión entre el Verbo encarnado y su cuerpo, la debilidad humana se filtra en los planes de Dios, y convierte la presencia de Dios en su Iglesia en realidad menos visible. El Nuevo Testamento, además de la visión clara del proyecto divino acerca del desarrollo del Reino en medio al mundo a través del anuncio del Evangelio, encierra también la conciencia clara de las dificultades encontradas, incluso entre algunos «hermanos» menos sinceros. Si es verdad que la Iglesia de Dios está compuesta por aquellos que «ya han sido santificados en Cristo Jesús», también lo es que, al mismo tiempo, estos mismos están todavía «llamados a ser santos» (cfr. 1 Cor 1: 2) y que, además, en ellos se encuentra todavía la tendencia de «pasar de uno al otro evangelio», a las cosas que agradan «por el placer de oír cualquier cosa», y que no han sido transmitidas «por la revelación de Cristo Jesús» (cfr. Gal 1: 6. 12, 2 tim 4: 3).

Ya desde los primeros años, no han faltado quienes, de modo más o menos consciente, han querido instrumentalizar la palabra de Dios confiada a su Iglesia para fines personales, tanto en provecho propio o vanagloria (cfr. Act 8: 9-13. 18-24), como por su terca conservación de tradiciones del pasado ya superadas (cfr. Gal 2: 4, Tit 1: 13-16), o sabiduría humana (cfr. Col 2: 8, St 3: 13-16), o deseos de satisfacer una curiosidad malsana (cfr. Tit 3: 9-10). Hay quien daña la pureza del testimonio de la iglesia porque no es sincero ni coherente en su comportamiento (cfr. Act 5: 1-11), quien reconoce su error y se convierte y quien no tiene ya tiempo u oportunidad (cfr. 2 Cor 7: 8-13, Act 5: 6. 10).

Lleno de la admiración por el misterio de Dios revelado a los hombres por la Pascua de Cristo y de la gratitud hacia Dios por la salvación ya obtenida, el Nuevo Testamento, conforme al Antiguo, lleva consigo también la advertencia de no asumir en vano el inmenso don del amor gratuito. No hay duda: la fe de los cristianos —como la del pueblo de la Antigua Alianza— debe probarse y nadie puede tomar a la ligera la gracia recibida; más aún, aquellos «que han sido iluminados, han gustado el don celestial, se han convertido en partícipes del Espíritu Santo, han preguntado la palabra buena de Dios y las maravillas del mundo futuro», poseen una responsabilidad todavía mayor (cfr. Heb 6: 4-5):

«Temamos, pues; no sea que, permaneciendo aún en vigor la promesa de entrar en su descanso, alguno de vosotros parezca llegar rezagado. También nosotros hemos recibido una buena nueva, lo mismo que



ellos. Pero la palabra que oyeron no aprovechó nada a aquellos que no estaban unidos por la fe a los que la escucharon» (Heb 4: 1-2).

El peligro radica siempre en «no permanecer unidos en la fe» de quienes han oído y visto, en seguir «las pretendidas propias visiones», más que en «mantenerse unido a la Cabeza, de la cual todo el Cuerpo, por medio de junturas y ligamentos recibe nutrición y cohesión para realizar su crecimiento en Dios». En una Iglesia que, como cuerpo unido a su Cabeza es testimonio de la fidelidad de Dios a los hombres, la exhortación se dirige personalmente a cada uno; todo aquel que pertenece a la Iglesia puede contribuir a la transmisión de la verdad revelada con su conversión, o puede también traicionar su vocación, abandonando la unidad con los hermanos para erigirse en «anticristo», en vez de permanecer en comunión con quienes están en comunión «con el Padre y con su Hijo, Jesucristo» (cfr. 1 Jn 1: 3; 2: 18-19).

«El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Ap 2: 7).

Así exhorta el Apocalipsis, último libro profético y parte importante de las Escrituras, nacido en el ambiente de la experiencia eclesial cristiana, que comprende las palabras de advertencia del Señor que sostiene las Iglesias con su derecha (cfr. Ap 1: 20). Dirigido a «los ángeles»<sup>19</sup> de las siete Iglesias asiáticas, la advertencia resulta en ocasiones bastante severa. «Debo reprocharte —dice el Señor— que has abandonado tu amor anterior», o que «eres tibio» y estoy por vomitarte (cfr. Ap 2: 4. 3: 15-16). Aquel que es «el Santo, el Veraz», «el Amen, el Testigo fiel» (Ap 3: 7. 14) reprocha particularmente a las Iglesias poseer miembros con doctrinas falsas que llevan a la impureza de la fe y de la vida, o permitir enseñar a quien mueve a los cristianos «a la fornicación» (cfr. Ap 2: 14-15. 20)<sup>20</sup>. Es constante la exhorta-

19. El término *aggelos* designa normalmente en el Ap un ser sobrehumano al servicio de Dios o de satanás. Aquí, por lo tanto, probablemente se refiere a los ángeles custodios, miembros celestes de la Iglesia. Conviden la responsabilidad y el destino de las Iglesias que representan y custodian: Jean-Louis D'ARAGON, *L'Apocalisse*: en *Grande commentaire biblico* (R. E. BROWN, J. A. FITZMYER, R. E. MURPHY), Brescia (Queriniana) 1973, 1445.

20. «Por lo general, estas cartas manifiestan claramente que el mayor peligro que amenazaba a las Iglesias de Asia hacia el final del siglo I d. C., no radica tanto en la opresión externa (2: 9; 13, 3: 9), cuanto en la heterodoxia de algunos grupos de cristianos, que, según la teoría gnóstica de la libertad, proponían una fusión irénica con el

ción al «examen» (cfr. Ap 2: 5. 16. 21. 22; 3: 3), sin el cual las Iglesias están cerca de la muerte, en vez de ser perfectas ante Dios en sus obras:

«'Ponte en vela, reanima lo que te queda y está a punto de morir. Pues no he encontrado tus obras perfectas a los ojos de mi Dios (...). Yo a los que amo reprendo y corrijo'» (Ap 3: 2. 19).

Aquel «quien tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias» no es fácil tampoco para quienes han sido mayormente dotados para servir a la verdad en la Iglesia. Según el testimonio de la Sagrada Escritura, un reproche puede dirigirse en la Iglesia también a quien ha sido llamado a ser «Cefas», piedra de fundamento (cfr. Mt 16: 18; 1 Cor 15: 5; Gal 1: 18). Y, sin duda, no porque haya enseñado una doctrina o norma moral falsa (cfr. Act 15: 7-11), sino porque «no se comportaba rectamente según la verdad del Evangelio» (cfr. Gal 2: 11-14)<sup>21</sup>. Por otra parte, puede recordarse la advertencia de la Segunda carta de San Pedro de que, en las cartas de «nuestro queridísimo hermano Pablo», se encuentran «algunas cosas difíciles de entender», que dan ocasión para que los «ignorantes» y los «inestables» puedan distorsionar la sana doctrina (cfr. 2 Pe 3: 15-16). Puede también verse la diferencia entre la carta de Santiago y la doctrina paulina de la justificación por la sola fe (cfr. St 2: 14-26), para constatar que también al encerrar la revelación en un texto sagrado, al completar la Sagrada Escritura para la Iglesia de «los últimos días», Dios gusta de servirse de instrumentos humanos que, como siempre, no son muy perfectos.

*«Yo estoy con vosotros (...) hasta el fin del mundo»*

Si bien es verdad todo lo que hemos dicho acerca de las dificultades que los hombres de la Iglesia ponen a su testimonio, también está clara la enseñanza de todo el Nuevo Testamento de que la obra de Cristo resucitado actúa siempre, hasta el día cuando Dios hará ver los frutos de todo el proceso.

---

mundo sincretista que les circundaba (2: 6. 14-16. 20-25)»: Jean-Louis D'ARAGON, *L'Apocalisse*: en *Grande commentario biblico* (R. E. BROWN, J. A. FITZMYER, R. E. MURPHY), Brescia (Queriniiana) 1973, 1445.

21. Que en este caso, la Sagrada Escritura parezca dar razón a Pablo, en cuanto abogado de la línea establecida por el «concilio» de Jerusalén (cfr. Act 15: 28-29), no significa que esté totalmente de acuerdo con su modo de «oponerse» a Pedro «a la cara» «delante de todos» (cfr. Gal 2: 11. 14, Mt 18: 15).

Como en las etapas precedentes, todo cuanto sucede sirve en cierto modo a los proyectos de Dios. Pablo sabe soportar el hecho de que algunos prediquen el Evangelio «con espíritu de rivalidad», «para añadir dolor» a sus cadenas (cfr. Fil 1: 17).

«Pero ¿y qué? Al fin y al cabo, hipócrita o sinceramente, Cristo es anunciado, y esto me alegra y seguirá alegrándome» (Fil 1: 18).

También San Juan considera que hechos tan dolorosos como los incipientes cismas sirven para clarificar las exigencias de la fe: «debía manifestarse que no todos son de los nuestros» (1 Jn 2: 19). Ya en aquella etapa, las tensiones internas han contribuido a establecer, bien en forma negativa (cfr. 1 Jn 2: 22-23), bien en forma positiva (cfr. 1 Cor 8: 6; Rom 1: 3-4; 10: 9), las bases del credo y del comportamiento cristianos (cfr. 1 Cor 11: 3, 1 Jn 3: 10; 4: 7-10). Después de todos los acontecimientos dolorosos, después de todas las luchas externas e internas, después de toda una retahíla de castigos, la Iglesia se mostrará —según el testimonio del Apocalipsis— Esposa digna del Cordero, reveladora del misterio divino:

«Entonces vino uno de los siete Angeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y me habló diciendo: 'Ven, que te voy a enseñar a la Novia, a la Esposa del Cordero'. Me trasladó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la Ciudad Santa de Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, y tenía la gloria de Dios» (Ap 21: 9-10).

*«... aunque tan sólo conociera el bautismo de Juan»; «tienen celo por Dios, pero no según recto conocimiento»*

Durante toda la historia de los «últimos días» después de Pentecostés, la proclamación del Evangelio continúa adelante, asistida por el Señor, entre dificultades de todo tipo.

«Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban» (Mc 16: 20).

Si en el Evangelio de Mateo, Jesús, cuando predica en Galilea, dirige el centro de la proclamación de la Palabra hacia las naciones, en la construcción narrativa de los Hechos de los Apóstoles la predicación apostólica se vuelve aún más decididamente a las regiones envueltas en las tinieblas (Samaria, Antioquía), hasta llegar al mismo centro del mundo pagano, a la Roma considerada por los cristianos como la

«gran Babilonia» —centro del corrompido mundo de la idolatría— (cfr. 1 Pe 5: 13; Ap 17). Y no obstante, Dios logra sembrar la buena nueva también allí.

Este hecho resulta posible porque también entre los paganos, El había dado las condiciones necesarias, aunque les dejara «seguir sus caminos». Los paganos se muestran capaces para dar culto al «Dios desconocido» y para escuchar a quien revela la verdadera grandeza, porque el mundo creado por El está siempre ante sus ojos para dar testimonio de la verdad de la revelación que anuncian los portadores de la buena nueva (cfr. Act 14: 15-18; 18: 22-31. 34). Poseen, además, la facultad de «obrar según la ley», aunque no la tengan escrita, porque «todo lo que la ley exige está escrito en sus corazones según se ve en el testimonio de su conciencia» (cfr. Rom 2: 15). Conociendo «el juicio de Dios», también ellos están llamados, al igual que los Hebreos que poseen la Ley de Moisés, a examinarse, a reconocerse pecadores ante Dios, y a abrazar con la fe a Jesucristo «establecido desde siempre como instrumento de expiación» (Rom 3: 25; cfr. 2: 17-3: 31).

Los Apóstoles no controlan todo este proceso de evangelización, y no siempre el Evangelio llega a la conciencia de los hombres en toda su integridad. Hay quien trabaja por Cristo, aunque no ha sido instruido a fondo y no pertenece, por el bautismo, a la Iglesia; y no falta también la herencia de la verdad revelada en quien no se adhiere a la proclamación del Evangelio.

De este modo, en los Hechos de los Apóstoles, nos encontramos con la figura de Apolo que «amaestrado en la vía del Señor y lleno de fervor», «enseñaba exactamente todo aquello que se refería a Jesús, aunque conocía tan sólo el bautismo de Juan» (cfr. Act 18: 24-25); con los discípulos de Efeso, que, antes de encontrar a Pablo, «ni siquiera han oído hablar de la existencia del Espíritu Santo» (cfr. Act 19: 2). En los dos casos, la historia termina bien, ya que al final son instruidos plenamente, reciben el bautismo y el Espíritu Santo (cfr. Act 18: 26; 19: 4-7). Pero, por ejemplo, no se puede afirmar lo mismo de aquel eunuco de la reina de Etiopía, que inmediatamente después de ser bautizado por Felipe, regresa a su lejano país (cfr. Act 8: 39).

El Nuevo Testamento afronta también el problema de aquellos que, no habiendo acogido el Evangelio de Jesucristo, permanecieron en la verdad revelada de la Antigua Alianza y no llegaron «a la práctica de la ley» (cfr. Rom 9: 31).

«Hermanos, el anhelo de mi corazón y mi oración a Dios en favor de ellos es que se salven. Testifico en su favor que tienen celo de Dios, pero no conforme a un recto conocimiento» (Rom 10: 1-2).

Este es un tema particularmente doloroso para el Apóstol (cfr. Rom 9: 1-3) y, en ocasiones, le crea inquietud porque, oponiéndose a la predicación del Evangelio «colman la medida de sus pecados» y no agradan a Dios, llegando incluso a atraer sobre su cabeza la ira de Dios, posiblemente definitiva (cfr. 1 Tes 2: 15-16). Por otra parte, conociendo el mismo Pablo el «velo del corazón» que no deja ver el verdadero sentido de las Escrituras (cfr. 2 Cor 4: 14-16; 1 Cor 15: 9; Fil 3: 4-6), guarda una gran compasión por aquellos que, aún poseyendo «la adopción de hijos, la gloria, la alianza, la ley, el culto, las promesas, los patriarcas» (cfr. Rom 9: 1-4), «han golpeado contra la piedra de escándalo» (cfr. Rom 9: 32). Es consciente de que, siendo «las ramas naturales» del árbol del pueblo de Dios, es más fácil que Dios pueda injertarlos, que no a las ramas «salvajes» de los paganos, y profetiza la parcialidad del endurecimiento temporal de Israel, que sirve en cierto modo a la evangelización de las naciones, y la gloria de Dios en la salvación final de «todo Israel» (cfr. Rom 11: 11-32).

Por tanto, el misterio de la paciencia de Dios hacia los hombres, que no «quiere que ninguno perezca, sino que todos puedan arrepentirse» (cfr. 2 Pe 3: 9), se extiende sobre la historia de los hombres. Este comportamiento le lleva a permitir la multitud de pecados y de infidelidades, de errores y retrasos en el progreso de su revelación de amor... Pero, como hemos subrayado en este escrito, Dios aprovecha estas circunstancias, de modo que surge en quien quiere escrutar sus designios una perplejidad con numerosas preguntas, ya mencionadas en el documento inspirado de la revelación:

«Pero si nuestra injusticia realza la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Será acaso injusto Dios al descargar su cólera? (...). Pero si con mi mentira sale ganando la verdad de Dios para gloria suya ¿por qué razón soy también yo todavía juzgado como pecador? (...). ¿Qué diremos, pues? ¿Que hay injusticia en Dios?» (Rom 3: 5. 7; 9: 14).

Pablo encuentra, espontáneamente, la siguiente respuesta:

«¡Oh, hombre! Pero ¿quién eres tú para pedir cuentas a Dios?» (Rom 9: 20).

Y como última explicación del misterioso endurecimiento de corazón que impide a muchos alcanzar pronto la verdad plena del Evangelio, Pablo acude a la inescrutabilidad de la sabiduría de Dios:

«¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios; ¡Cuán insondables son tus designios e inescrutables tus caminos!» (Rom 11: 33).

*Conclusión: «donec in ipsa consummentur verba Dei»<sup>22</sup>.*

No debe olvidarse nunca que, incluso con la venida del Verbo encarnado, e insertados en su Cuerpo, dotado con los órganos para la transmisión fiel de la doctrina revelada, nos encontramos ante un misterio inaccesible de por sí a la mente humana. Todo cuanto Dios nos ha revelado sirve para caminar, con todas las fuerzas, dentro de las vías del Señor, y para incrementar en nosotros la caridad que viene de Dios.

El tema que hemos desarrollado, dirigiendo nuestra atención hacia distintos puntos de la revelación, tenía la finalidad de volvernos más sensibles a las exigencias de la palabra confiada por Dios —en Cristo Jesús— a su Iglesia, pero sembrada más allá e incluso, en tantos corazones, germinada entre todo tipo de «cizaña». El ramillete de citas bíblicas que hemos presentado, según un orden a partir de algunas líneas de fuerza, puede quizás servir para una profundización teológica del tema de la relación entre la Revelación y la Iglesia, de interés para nuestros días.

En efecto, vivimos en unos tiempos en los que las enseñanzas del Magisterio nos han vuelto, por una parte, más conscientes acerca del misterio de la Iglesia, considerado también como misterio de la autorevelación de Dios, y por otra más sensibles a la obligación del diálogo con quien no se adhiere a la verdad plena del Evangelio, y al reconocimiento de las semillas de la verdad salvífica en todo hombre de buena voluntad.

El Concilio Vaticano II, en sus principales constituciones, nos lleva a meditar acerca del coloquio abierto entre Dios y su pueblo, diálogo que hoy continúa a través de las estructuras de la Iglesia<sup>23</sup>. Bajo este ángulo se presenta la proclamación de la Palabra, especialmente en la celebración litúrgica, y su escucha en la tradición viva de la Iglesia, con una respuesta cada vez más profunda de comprensión y

---

22. DV 8.

23. «Sicque Deus, qui olim locutus est, sine intermissione cum dilecti Filii sui Sponsa colloquitur»: DV 8.

caridad. Destacando el papel profético de la jerarquía, el Concilio exhorta a la unidad con los pastores en la profesión de fe, y en su hacerla inteligible para toda la familia humana<sup>24</sup>. Y, sin embargo, precisamente hoy, el importantísimo nexo entre Escritura, Tradición y Magisterio, que permite recibir y transmitir la Revelación «sub actione unius Spiritus Sancti»<sup>25</sup>, parece un tesoro dañado. La profundización teológica del tema aquí esbozado podría, quizás, servir para comprender mejor la necesidad de la unidad eclesial si se quiere vivir a la luz de la Palabra y se quiere comunicarla al mundo.

También, el Concilio ha atraído la atención de la Iglesia hacia diversos grupos de personas de buena voluntad, que, sin compartir con nosotros la fe católica en su plenitud, no están privados de la ayuda divina en su búsqueda de la verdad. Se afirma que las religiones no cristianas reflejan un luz verdadera<sup>26</sup>; se recuerda que, según la Escritura, los hebreos, aunque no abracen el Evangelio, «adhuc carissimi manent propter Patres»<sup>27</sup>; se advierte que no debe despreciarse la fe ni los elementos eclesiales de los cristianos de otras denominaciones, que «ut fratres in Domino merito agnoscuntur»<sup>28</sup>. Con una presentación teológica de la complejidad de los progresos de la revelación y de su transmisión, hoy podría lograrse que el hombre entendiera que la apertura al diálogo no significa una política superficial, ni un pacto de la Iglesia con el mundo, sino una profunda penetración en el dato revelado, una mayor comprensión de los caminos del Señor.

---

24. «In tradita fide tenenda (...) singularis fiat Antistitum et fidelium conspiratio»: DV 9.

25. DV 9.

26. Cfr. CONCILIUM VATICANUM II, *Declaratio de Ecclesiae habitudine ad religiones non-christianas* «Nostra Aetate», (NA) 2: «haud raro referunt radium veritatis».

27. NA 4.

28. CONCILIUM VATICANUM II, *Decretum de oecumenismo* «Unitatis redintegratio», (UR) 3.

